PEDRO RIBAS VALERO

LA GRAN BATALLA

Comedia en dos actos



1914

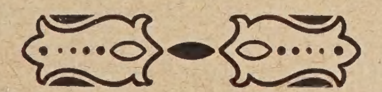
IMPRENTA «LA UNIÓN», FERNÁNDEZ FONTECHA, NÚM. 4

CÁDIZ

PEDRO RIBAS VALERO

LA GRAN BATALLA

Comedia en dos actos



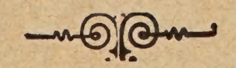
1914

IMPRENTA «LA UNIÓN», FERNÁNDEZ FONTECHA, NÚM. 4

CÁDIZ

PERSONAJES

D.ª Leocadia.
D.ª Rosa.
D.ª Blasa.
D.ª Conchita.
Matilde.
Paquita.
Josefa.
Lorenza.
D. Romualdo.
Pablo.
Pascual.
Peña.
Gabriel.
Juan.
Dos niños.
Un centinela.



ACTO PRIMERO

Parque, por encima de cuya verja, que está en el fondo, cubierta de arbustos, se ve el cielo; á la derecha, la puerta de entrada al Parque, la caseta del guarda Gabriel y un doble banco. A la izquierda, otro banco en primer término, y en el fondo del parque y bajo un emparrado las mesillas de un puesto de bebidas cuya fachada se ve también. Es en la mañana de un claro dia de primavera.

ESCENA PRIMERA

Se oyen a lo lejos, durante un momento, cornetas y tambores mal tocados por reclutas que aprenden, y a un grupo de soldados gritar: un, dos, tres, cuatro!... Aparece luego por la derecha Josefa la tortera con su cesto de tortas.

JOSEFA ¡A las buenas tortas! ¡Qué ricas tortas! (a Gabriel que sale de la caseta). Buenos días nos dé Dios, señó Gabriel.

GABRIEL Hola, señá Josefa. Qué, ¿se le han pegao hoy a usted las sábanas?

JOS. No señor; sino que me entretuve en cá mi comadre preguntando por su hijo Rafael, que se lo han llevao a Melilla. ¡Pobre señora!; misté que es mucha guasa que críe una a sus hijos con miles de apuros y fatigas, y al remate se nos los lleven a que nos los maten los moros, ¡hijos míos del alma!

GAB. Señá Josefa, no se *nos* meta usted en el ajo, que usted no tiene hijos. ¡Habría que verlos con lo feísima que es usted!

JOS. Señó Gabriel, no me busque usted la lengua, ni sea usted vengativo; por algo no he hecho yo caso de su declaración de usted...

GAB. ¿Qué declaración? Como no haya sido de guerra la declaración!. . ¡Jé, jé, jé!...

JOS. Vaya, veo que empieza la mañana con mucha guasa; quede usted con Dios.

GAB. Venga usted acá, so simpática. ¿Hoy no venderá usted las tortas, sino que las regalará? ¿verdad?; porque la veo a usted con ganas de darlas, ¡Jé, jé, jé!...

ESCENA II.

PABLO por la derecha.

PABLO Buenos días.

GAB. Téngalos usted muy buenos, señorito Pablo. Entavía no han venío, señorito.

PAB. (Saliendo de su ensimismamiento). ¿Qué decía usted?

GAB. Que entavía no han venío. Usted ya me comprende.

PAB. Ah, sí; pero... en fin, nada. Hasta luego.

GAB. Adiós, señorito Pablo; y perdone si he sido importuno.

PAB. No, usted no me importuna (dándole un pitillo). Hasta luego.

GAB. Vaya usted con Dios.

JOS. Pocas ganas de conversación tiene ese señorito.

GAB. Pocas. Y si viera usted qué campechano y qué simpático es... Al menos conmigo. Pero hoy debe de pasarle algo.

ESCENA III.

Aparecen por la derecha doña Leocadia y su hijastra Matilde. Ambas se van por la izquierda, pasando por delante de Pablo, que está sentado en una silla del puesto de bebidas fumando, y que, al verlas, demuestra sentir una gran emoción, mezcla de alegría y tristeza.

GAB. Esa señorita debe de tener la culpa del malhumor del señorito Pablo; como si lo viera. Ya hace unos días que noto que ha cambiado la muchacha, tanto que ya no le hace al muchacho maldito el caso. ¡Como que a la mejor de ustedes habría que pretenderla con intérprete!...

JOS. Ea, condiós, que no he venío yo aquí a que usted me ponga como un trapo, sino a vender. ¡A la buena torta!

GAB. Es inútil que me haga usted desaires; usted acabará por casarse conmigo.

JOS. (con guasa). ¡Qué ricas tortas!

GAB. (idem). Las que yo te voy a dar cuando seamos... (Váse Josefa por la izquierda).

ESCENA IV.

PABLO se levanta. Dentro los soldados gritan: ¡Uno!... y a poco: ¡Un, dos!... Pablo vuelve a sentarse. Aparece Pascual por la derecha, vestido de uniforme. Es teniente de infantería.

PASCUAL ¡Adiós, don Pablo! Triste y meditabundo te hallo.

PAB. Hola.

PAS. (sentándose). ¿Qué te pasa hombre?

PAB. Mira, no me fastidies a preguntas. Cuenta tú algo, si es que tienes algo que contar, y a mí déjame que no hable ni del tiempo siquiera.

PAS. Bueno, yo creí que eras verdadero amigo mío, y ahora resulta que no tienes confianza conmigo para decirme: esto me pasa, y estoy así o estoy asao.

PAB. ¡Estoy frito!

PAS. ¡Já, já, já!... Chico, choca; has *estao* de primera.

PAB. No te rías, ¿oyes?; no te rías, que no lo he dicho como chiste, sino para desahogarme.

PAS. Eso es lo que tú eres: un desahogado. Cuidado con no importarte que pueda yo estar sufriendo viendo que tú sufres.

PAB. ¡Tú qué vas a sufrir por mí! ¡No creo en la amistad tampoco!

PAS. Chico, chico; está la cosa peor de lo que me figuraba. ¿A que resulta que le has escrito a Matilde y te ha dado calabazas?

PAB. Yo no he escrito a nadie.

PAS. Vamos, no pretendas engañarme, que te conozco demasiado para...

PAB. ¡Tú qué vas a conocerme! ¡Soy otro!

PAS. No lo tomes tan a pecho, hombre. Haz como yo; yo a las mujeres, desde que ninguna me quiere, las desprecio a todas.

ESCENA V.

D.ª ROSA, tirando de su hija Paquita a la que lleva del brazo, por la derecha.

PAS. Caramba, hombre; aquí viene la simpática Paquita con su mamá... (se acerca a ellas, en tanto que Pablo se va por la izquierda, y haciéndoles un saludo militar muy pronunciado, dice:) D.ª Rosa, Paquita... ¿Qué tal sigue usted D.ª Rosa?

D.ª ROSA (en broma). Ya lo ves: voy tirando.

PAS. (riendo). Sí, señora; ya lo veo.

D.ª Ros. Supe ayer tu ascenso a primer teniente... Por muchos años.

PAS. ¡No por Dios! Deséeme usted que ascienda pronto a capitán.

D.ª Ros. Es verdad, perdona hombre, la costumbre...

PAS. Perdonada, no faltaría más... Y de don Guillermo, ¿qué noticias tienen?

D.ª Ros. Buenas, sino que el pobre nos echa mucho de menos. No vamos a tener más remedio que irnos a Melilla con él.

PAS. ¿Y tú, Paquita!

PAQUITA ¿Yo qué?

PAS. Que, ¿qué cuentas?

PAQ. Yo, nada.

D.ª Ros. Esta sigue como siempre; aburrida; todo le aburre.

PAS. Ah!, pues siento tanto que se aburra.

D.ª Ros ¿Qué dices, hombre? ¿Que sea burra?

PAS. No, no señora: he dicho que siento que *se... aburra*. Es graciosa la coincidencia, ¿verdad?

D.ª Ros. Yo creo que está enferma.

PAS. ¿Quién?

D.ª Ros. Paquita; ¿no le ves esos ojos? Los tiene como lámparas faltas de aceite, sin luz...

PAS. Sí, señora; a esos ojos les está haciendo falta aceite... de hígado de bacalao.

PAQ. (furiosa). He dicho que no lo tomo, y no lo tomo y no lo tomo.

PAS. (un poco asustado). Por Dios, Paquita; no lo tomes así.

D.ª Ros. ¿Tú ves? Todo lo dócil que es para lo demás que le mando, se pone de intransigente para tomar el aceite de hígado de bacalao.

PAS. En ese asunto, por consiguiente, no corta usted el bacalao.

ESCENA VI.

PEÑA, por la derecha, yéndose por la izquierda.

D.ª Ros. Ahí vá ese tipo. ¡Qué atrocidad! No puedo verle. (se cala los lentes).

PAS. ¿Lo ve usted mejor ahora?

D.ª Ros. Ese es al que mi señora prima va a casar con su hijastra.

PAS. ¿Con Matildita?

D.ª Ros. Sí, con Matildita, que ha dado calabazas, según me contó anoche Paquita, a ese muchacho amigo tuyo... Pablo Anglada, que la escribió días atrás. Y es el caso que a Matildita le es simpático el tal Pablo Anglada, sino que su madrastra se opuso terminantemente a emparentar con la abuelita del muchacho.

PAS. Ah, vamos; entonces a quien ha dado calabazas doña Leocadia por conducto de su hijastra Matilde, ha sido a la abuelita de mi amigo, y no a mi amigo.

D.ª Ros. Así parece.

PAS. Pues nada tiene que envidiar esa señora a ninguna otra tocante a honradez, a educación, a...

D.ª Ros. Ahí vienen ya los tres a sentarse en su banco favorito. ¿Nos sentamos nosotros un ratito en este?

PAS. Sí, señora. (Se sientan en el banco de la derecha. Pequeña pausa. A Paquita:) Paquita, habla, mujer; mira que si no vas a criar telarañas en la garganta.

ESCENA VII

Aparecen por la izquierda doña Leocadia, Matilde y Peña; y, después de saludar con la cabeza a los que están en el otro banco, se sientan en el de la izquierda. Matilde se entretendrá en hacer dibujos, con su sombrilla, en la arena, y eu mirar disimuladamente y pensativa a Pablo cuando éste se halle en escena.

PEÑA. Yo no quiero que mi mujer sepa freir un huevo ni coger una escoba; yo no, yo no; yo quiero poder decir al casarme: mujer me llevo y no criada.

D.ª LEON (que está preocupada) Usted se habrá enterado ya... Debe de haberle sentado como un tiro al hombre.

PEÑ. Perdone que no adivine por donde van los tiros de usted.

D.ª LEO. Hemos dado calabazas a ese joven que va a sentarse en ese puesto de bebidas.

PEÑ. (estirando el cuello) Cuál, ¿aquél?

D.ª LEO. No veo hacia donde señala usted.

PEÑ. Tenga usted en cuenta que ya soy grande para señalar con el dedo. Además, mi buena posición... (cambiando de posición) ¡Qüé incómodos son estos bancos! ¿Es ese que se sienta ahora?

D.ª LEO. El mismo que viste y calza, no con muy mal gusto por cierto, hay que reconocerlo.

(Pablo, en efecto, se ha sentado a una de las mesas del puesto de bebidas, y ha llamado con palmadas a Juan el mozo, que aparece por la izquierda).

PAB. Una copa de coñac. (Váse el mozo y vuelve poco con la copa).

PEÑ. Ha pedido coñac. ¡Oh, el maldito coñac! como diría mí papá.

D.ª LEO. Su papá, por lo visto, no es amigo del coñac.

PEÑ. ¡Quite usted, señora!; del aguardiente, y

según y conforme: tiene que ser anís del mono; porque es lo que él dice: bebiendo anís del mono es más disculpable que se coja una mona.

D.ª Leo. Conque, decía usted antes, que en su familia de usted hay un duque...

Peñ. Así es la verdad; hay todo un duque. Bien es verdad también que tengo un primo en Logroño, que es carbonero; y otro en San Sebastián, que es zapatero.

D.ª Leo. ¿Qué dice usted, Peña? ¿Está usted loco? ¿Un primo carbonero y otro zapatero?

Peñ Oh, no le importe a usted, señora; el uno en Logroño, y el otro en San Sebastián. . ya usted ve: son primos... lejanos. En casa ni siquiera nos consideramos como parientes de tales primos. Primos de veras seríamos si no pensáramos así. He hablado de ellos en esta ocasión, porque he creido conveniente que usted estuviera en el secreto por si acaso.

Pab. (riendo). Paquita, por favor, que me duele la cabeza de oirte hablar tanto!

ESCENA VIII.

Aparece por la izquierda Josefa, y luego por la derecha, don Romualdo, doña Conchita, Lorenza y dos niños, vestidos de exploradores.

Jos. ¡A la rica torta!

Gab. Venga usted acá; (dándole dinero); deme una rica torta de esas, en tanto no nos casamos y me las larga usted de las otras.

Jos. (dándosela). ¡Cuándo querrá Dios que lo pierda a usted de vista, pesao!

Gab. Qué verdad tan grande dijo quien dijo que manos blancas no ofenden. Me acaban de dar una torta sus manitas de usted, y no

me ha dolido; (comiendo) al revés: me sabe mu dulce; palabra.

JOS. ¡Es usted muy gracioso!

GAB. Ya me lo dijo usted otro día.... ¿qué día fué- Gabriel?... no recuerdo,... lo mismo da; total, que me dijo usted que si por algo le hacía yo tanta gracia, era porque era yo muy gracioso.

JOS. ¿Yo le he dicho a usted?... ¡Usted está con la torta! Que haya alivio. (Yéndose por la izquierda) ¡A la rica torta!

GAB. (yéndose detrás, corriendo). ¡Ay qué rica!... ¡ay qué rica la torta!

D.ª CONC. (saliendo). Buenos días.

D.ª ROS. ¡Querida doña Conchita!, don Romualdo...

PAS. (saludando militarmente). ¿Siguen ustedes bien, mi comandante?

D. ROM. Sí, señor, a qué quejarnos? ¿Y usted?

PAS. Muy bien, mi comandante.

D. ROM. (sentándose y cogiendo a sus niños de las manos). A ver hijos míos, ya lo sabeis, a no estar tristes; un buen explorador debe estar siempre alegre. Un corazón alegre hace tanto bien como un medicamento, dice vuestra cartilla que dijo Salomón; alegraos, pues, y no me imiteis a mí, que me preocupo por nada, ¿verdad, Concha?

D.ª CON. (distraida, por mirar a Pablo). ¿Qué dices?

D. ROM. Vamos a ver... (a sus hijos, recitándoles esta parte del «Canto a la Vida», de F. G. del Valle):

Fatigas y desvelos
el hombre ha de pasar,
alerta, pequeñuelos,
vivir es batallar.

Y debeis contestar vosotros:

Alerta estamos
y previsores
los luchadores
del porvenir.

Misterio grande
sublime esencia
de la existeucia
es combatir.

—

Pequeño el goce,
la pena mucha,
la vida es lucha
desde el nacer.
Desde chiquitos
a ser serenos
fuertes y buenos
hay que aprender.

Y añado yo:

Altiva la mirada
y en Dios el pensamiento
por todo noble intento
batíos sin temor;
los trances de la guerra
no rinden al soldado
si en él han germinado
fe, dignidad, valor.

D. CON. (a Pascual). ¿Qué hace nuestro buen amigo Pablo allí, tan sólo? Tráigaselo usted para acá, con nosotros; digo, si a usted no le sirve de molestia.

PAS. Señora, por Dios; nada que usted me mande me molesta, (se acerca a Pablo y le dice): ¡Quéjese usted, y es usted el mortal más descaradamente feliz! Doña Conchita, la simpática doña Conchita te llama.

PAB. ¡Qué querrá esa tonta!

PAB. Hombre, no la llames así, que ella te llama con mucho mimo.

PAB. No tengo humor para charlar con nadie. Dícelo así.

PAB. Lo que le voy a decir es que eres un tonto.

¿A qué viene tomar tan a pecho unas calabazas que no te las dan a ti, sino a tu abuelita?

PAB. ¿A mi abuelita?

PAS. Eso me acaba de decir doña Rosa: que Matilde sí te quería, pero que su madrastra, ni ella porque ya es mayor de edad, añado yo, se resignan a emparentar con tu abuelita; me figuro que será por no oir sus sermones y seguir viviendo tan campechanamente; porque además de tener el otro pretendiente más dinero que tú, tiene una manga muy ancha; y es lo que dirán ellas: ¡ya estamos hartas de estrecheces!...

PAB. Conque no es a mí, sino a mi abuelita a quien rechazan... Luego si yo renunciase a ella... si yo la enviara a su pueblo... Pero esto que yo pienso es de corazones ruines...

PAS. Anda, déjate de cavilaciones tontas y vente a que doña Conchita te saque del corazón esa espinilla. (Pablo, nervioso, le da sin querer con el pié en una pierna.) Chico, ten cuidado, que me has dado en la espinilla. ¿Vienes o no?

PAB. A donde voy yo es ahí dentro, a jugar al monte con los que están jugando, a emborracharme, a empezar una vida de locuras... ¿A qué sujetar mis nervios, a qué prohibirme lo que tú y otros como tú no os prohibís? ¿A qué sacrificarme y ser honrado pensando en ella y en mi futura casa, ni aprovecharme de las ocasiones que se me presentan para hacerme rico en un dos por tres? ¿A qué tantas aspiraciones de bondad y consideración social, si ellas no le dan valor a todo esto? ¿Podré por mucho que suba, dejar nunca de ser nieto de mi abuela... ni aun matándola?

PAS. (algo asustado.) ¡Caramba, hombre, qué atrocidad! ¿Eres tú quien habla así, tú que todo lo posponías a tu salvación eterna?

PAB. Cállate, no me hables, que no me hable nadie.

PAS. Bueno, chico, te dejo.

PAB. Mejor será. (Pascual se separa de Pablo, que queda con la barba en una mano, mirando con ojos rencorosos a Matilde.)

PAS. (a doña Conchita, pero vigilando a su amigo.) Dice que tiene un dolor de estómago horrible y que le dispensen ustedes que no venga.

D.ª CON. ¡Pobre! Romualdo, dame el bicarbonato, para Pablo, que le duele el estómago. (D. Romualdo le entrega una cajita.) Tome usted. (a Pascual.)

PAS. Doña Conchita, que... la verdad... (¡Cualquier dia le llevo yo el bicarbonato!)

(siguen hablando.)

ESCENA IX.

Doña Blasa por la izquierda. Es una simpática viejecita que viste con modestia, pero aseada y pulcra.

D.ª BLAS. (a Pablo, en cariñosa reprimenda.) ¿Qué haces aquí, picarón? ¿gastándote el dinero en bebistrajos que echan a perder el estómago, eh? Azotitos, azotitos, habrá que darle al niño en llegando a casa. (riéndose va a sentarse.)

PAB. ¡No te sientes aqui, abuelita!

D.ª BL. (sin sentarse.) ¿Por qué, hijito?

PAB. (sufriendo, mirando a Matilde.) ¿Cómo se te ha ocurrido venir por aquí?

D.ª BL. Pues que salí a comprar hilo para tus calcetines...

PAB. No me hagas ni uno más tú, ¿oyes? Pienso

desde hoy comprarlos en la tienda, de a duro el par, aunque se rompan al día siguiente.

D.ª Bl. ¿Qué dices?... de a duro...

Pab. No protestes, abuelita; estoy decidido a gastar desde hoy mi dinero en lo que me plazca, porque por hacerte caso a tí y no vestir los dos con lujo, quizás me pasa lo que me pasa.

D.ª Bl. Siempre será alguna tontería lo que te pase. Anda, vámonos a casita a comer, que es preciso que te alimentes... Te tengo hechas unas croquetas de gallina que tanto te gustan...

Pab. Cómetelas tú; yo no piense comer por ahora.

D.ª Bl. Hijito, ¿y por qué no piensas comer por ahora?

Pab. Porque... porque el amor me tiene desganado, abuelita.

D.ª Bl. El estómago sucio y no el amor es lo que tú tienes. ¿A ver la lengua?

Pas. (a Pablo.) Chico, no me hagas quedar mal; toma un poquito de este bicarbonato que te manda doña Conchita. Buenos días, doña Blasa.

D.ª Bl. Buenos días. ¿Qué trae usted ahí, bicarbonato? (a su nieto.) Picarón, ¿por qué querías hacerme creer que no era el estómago lo que te tiene de mal humor y desganado estos días, y a mí tan triste viéndote sufrir? Anda, tómate el bicarbonato.

Pas. Sí, chico, sí; toma bicarbonoto.

D.ª Con. (acercándose un poco.) ¿No quiere usted bicarbonato? Ande usted, sin cumplidos.

Pab. (quitándole violentamente lo cajita a Pascual.) Dame.

Pas. Chico, no lo tomes asi.

Pab. (dándole la cajita a doña Conchita.) Con permi-

so de usted voy a dar una vuelta, que me sentará mejor que el bicarbonato. De todos modos, gracias por la intención.

D.ª Con. Espere usted, que nosotros también vamos a darla, y podemos darla juntos. Romualdo...

Pab. (enfadado, a Pascual) Esa dichosa Concha siempre está detrás de mí.

Pas. Te habrá tomado por el apuntador.

Pab. ¡La tengo sentada en la boca del estómago!

Pas. Por algo ella, que es muy lista, te quería dar bicarbonato.

D.ª Con. Romualdo, vamos a seguir paseando.

D. Rom. ¿Hacia dónde?

D.ª Con. (a Pablo) ¿Hacia dónde iba usted?

Pab. Hacia donde no hubiera gente.

D.ª Con. (a Romualdo) Hacia ahí. (señala la izquierda.)

D. Rom. Mira que dentro de nada es el embarque de las tropas que van a Melilla, y los chicos quieren verlo...

D.ª Con. Si estamos a dos pasos de la estación...

D.ª Bl. Adiós, hijito; que no tardes, ¿oyes?

Pab. Veremos a ver si condesciendo en ir.

D.ª Bl. Hijito, estoy viendo que hoy vas a darme un disgusto gordo; ¿qué te hice yo, sino aconsejarte bien... mirando que no se perdiera tu alma... Ella puede más que yo, también podrá más que tú, y serás como ella es... enemiga de Cristo o poco menos. Ya me voy, ya me voy... (le mira llena de dolor, y, aguantando las lágrimas, váse presurosa arrastrando algo los piés, por la izquierda).

D.ª Con. (a Lorenza, que hablaba con Juan) Lorenza, anda, (a Pablo) ¿Vamos?... ¿Será en mí indiscreción si le pregunto por qué está usted abatido? No creo que toda la culpa sea del estómago.

Pab. En este momento, señora, estoy abatido

porque tengo remordimientos de conciencia. Acabo de portarme muy mal con mi abuelita. Véala usted como corre hacia mi casa para encerrarse en su cuarto a llorar sin que nadie la vea, como ha hecho en otros tiempos, cuando yo le faltaba al respeto. ¡Mi pobrecita viejecita! ¡Corre, corre, arrastrando sus piés fatigosamente, porque ya no puede correr sin arrastrarlos, la pobrecita...

D.ª CON. ¿Está usted llorando?

PAB. ¿No he de llorar, señora? Todavia no he desechado de mi corazón los sentimientos que me propongo desechar. Pero no hablemos más de esto; ya se le pasará; hablemos de usted; está usted hermosísima con ese traje. Como la mañana, anuncia usted la primavera con gentiles alardes de alegría, de vida intensa...

D.ª CON. Vaya, está visto que no puede una..... (se le cae el abanico, pasando precisamente por delante del banco de Peña, el cual lo recoje) Muchas gracias. ¿Vienes, Romualdo? Anda.

D. ROM. (a sus hijos) .. «el explorador es el centinela avanzado de un porvenir floreciente y próspero, es la visión de una España fuerte, por virtud de su acción comercial, agrícola, militar, marítima y comercial; el explorador es, en fin, el futuro transformador de nuestra Patria».

D.ª ROS. Bien los sermonea usted.

D. ROM. Es preciso instruirlos. La vida no puede ser otra cosa que un puro disciplinarlo todo. Sin orden ni disciplina nada bueno se consigue; como en milicia...

PAS. (a Paquita, riendo) ¡No hables tanto, Paquita!

PAB. (sufriendo, a doña Conchita) ¿Seguimos? (a Matilde se le cae la sombrilla. Va a recogerla Pablo,

pero Peña llega antes con gran *satisfacción* suya. Entre doña Rosa y doña Leocadia se cambia un *adiós*, coreado por ambos bandos, y se van por la izquierda: Pablo con doña Conchita; don Romualdo con los niños, doña Rosa y Lorenza; finalmente. Pascual y Paquita. Aparece Gabriel por la izquierda y se mete en su caseta.).

PEÑA Creí que pegaban con nosotros la hebra, como vulgarmente se dice. Ahí vienen ya los soldados que van a embarcar para Melilla. Según se están poniendo las cosas, me parece que yo no tardaré mucho en ir también, apenas me hagan soldadito. (Se oye la música tocando un alegre paso doble. Salen por la izquierda don Romualdo con doña Conchita, Lorenza, los niños, doña Rosa, Paquita y Pascual.)

D. ROM. (a su mujer) ¡Me vas cargando ya con tanto charlotear con Pablo! Sin duda te figuras que sigues teniendo veinte años, como cuando coqueteaste conmigo, porque otra cosa no has sido tú nunca capaz de hacer, sino coquetear. (Se ve pasar la bandera de izquierda a derecha por detrás de la verja.)

D. ROM. (saludando a la bandera) ¡Hijos mios, ¡Viva España!

NIÑOS. ¡Viva! ¡Sí, sí, sí! ¡¡Hurra!! (levantan sus sombreros en lo alto del palo.

(Sale Gabriel de la caseta con una hojilla de calendario en la mano, a ver pasar la tropa. Josefa sale por la izquierda llevando entusiasmada el paso militar, imitando a varios chiquillos que llevan cañas y palos al hombro, y dice:

JOS. ¡Andad valiente; a luchar por España!

GAB. Oiga usted, señá Josefa; ¿no decía usted?...

JOS. Como si no hubiese dicho ná. (Váse por la derecha, siguiendo a don Romualdo, doña Conchita, doña Rosa, Lorenza, niños, Paquita y Pascual. Sale Pablo por la izquierda.)

GAB. Señorito Pablo, ¿qué pecho habrá español que no sienta en estos casos un amor inmenso a nuestra querida España?

PAB. Mejor sería que la amásemos siempre, sin

necesitar de bombos y platillos. ¿Quiere usted algo para Melilla? He decidido ir de voluntario.

GAR. ¿Y eso por qué? ¿Tan mal va la cosa?

PAB. (viendo desaparecer por la derecha, siguiendo a doña Leocadia y Peña, a Matilde, que le ha mirado, dice temblando de emoción, entre alegre y vengativo:) ¡Oh, si me quisiera!, ¡si llegara a quererme!... ¡a quererme como yo la la quiero todavía, con todo mi corazón!...

GAB. (dándole la hojilla.) Señorito Pablo, ¿me hace usted el favor de leerme estos versos, que me parece entender que hablan apropiado al caso?; perdone si importuno...

PAB. (leyendo:)

LA VIRTUD

En el campo de batalla
del humano corazón,
vicios y virtudes son
huestes, en que el odio estalla.
Siempre hubo hombres de talla,
que con hierro y escuadrones
vencieron grandes naciones;
pero es héroe, aunque ignorado,
más valeroso, el soldado
vencedor de sus pasiones.

X.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Patio de unos pabellones militares. Al foro, anchurosa puerta practicable, y dos ventanas con reja, que permiten ver una pequeña plazoleta en primer término, en la que hay palmeras, una garita y dos cañones; y a todo foro, la población de Melilla y los montes próximos. A la derecha, en primer término, una pequeña puerta de cristales, y en segundo término, bajo un arco, la entrada a un pasillo. A la izquierda, puerta de entrada a la capilla militar. En el centro, un pozo. Amanece un día de Otoño.

ESCENA PRIMERA

A la luz del sol naciente, se ve pasear por la plazoleta a un centinela. Pablo, con uniforme casero de Capitán de Infantería, está en el patio dando muestras de una gran agitación. Aparece Peña, cabo de cuota a la sazón, por el foro; de mal talante saluda militarmente a Pablo y, abriendo la puerta de cristales, penetra en las habitaciones de la derecha. A poco, Pascual por el foro, vestido de paisano.

PAS. Chico, ¿qué haces aquí?

PAB. ¿Eh? ¡Ah, eres tú!

PAS. Hombre, ¡he asustado al héroe! Caramba, chico, qué hueco me voy a poner cuando lo cuente por ahí. Ea, sí, señores; aquí estoy yo que soy más héroe que el capitán Pablo Anglada, puesto que un humilde servidor

de ustedes ha tenido el alto honor de asustar al mencionado heróico capitán. Yo creo que la cosa no tendrá para nadie vuelta de hoja. ¡Quién me iba a decir a mí, que nos íbamos a encontrar en Melilla siendo tú capitán—lo que nunca soñaste ser—, y yo todavía teniente! No diré yo que no te hayas ganado las estrellas, porque las balas te las han hecho ver mas de una vez, pero que la gente exagera un poco su admiración por tí, eso sí lo digo, y te lo digo a tí también, en tus propias narices, porque ya que yo sienta la envidia, porque la siento, te soy franco, al menos que no sea hipócrita. ¿Eh?, ¿no te parece?... Bueno, tú no hagas gran caso de lo que te diga esta noche, o por mejor decir, esta madrugada, porque, chico, vengo un poquillo alegre, yo creo que tú ya me lo habrás conocido, ¿eh?... La verdad, esta vida de lucha no es para mí... He estado toda la noche con los amigotes que tú me encajaste; por cierto que están contra tí que trinan, sobre todo el canario, porque desde hace unos dias los has abandonado en absoluto; no les consuela ni el que me hayas dejado a mí en prenda, ¡serán!... Los tontos no se explican tu fuga; hay quien dice que te venía notando cierto deseo de enmendar tu vida. ¡Paparruchas!... Yo me la explico perfectamente, gracias a que dió la pequeña, la pequeñita, muy chiquitita casualidad de que has dejado de venir con nosotros de parranda desde que llegó a Melilla la encantadora señora de tus pensamientos, sí que también de Peña; la cual señora, según creo corregida y aumentada, ejém, y con profusión de muñecos en la cabeza, habita, como todos sabemos, esas

habitaciones de su prima o de su tía Rosa, en tanto no encuentra casa para vivir a solas con su mamá y su marido; habitaciones frente a cuyas puertas te he sorprendido, razón por la que, y concluyo mi elocuente discurso, no he vuelto a preguntarte, según habrás notado, el porqué de tu presencia a estas desagradables horas de esta mañana otoñal, en nuestro querido patio. He dicho. ¡Bravo! Aunque no, no he terminado, porque me quedé a medio contar de donde vengo. Pues chico, nada, que con tus amigotes me metí en un café cantante. Que fea es la *bella* Lunita; tiene una cara que es enteramente una rodaja de salchichón; pero con mucha pimienta, eso sí; yo me la comía... Pero no, yo lo que quiero es casarme con Paquita, y ser un santo como quiere mi madre: (imitándola) Hijo mío, que no seas loco; que seas bueno, por Dios primero, y luego por tí, que da muchos disgustos una mala vida... ¡Ay, mamaita! ¡que ganitas tengo de verte!

PAB. Pascual, amigo mío...

PAS. (cantando) ¡Marina dónde está!.. ¡por tu feliz arribo, al templo se fué a orar! ¡Plón!.. Qué, ¿te has amoscado? Los héroes no deben amoscarse, señor don héroe.

PAB. (temblándole la voz.) ¡Héroe yo! Yo buscaba la muerte, y el que huye de la vida más tiene de cobarde! Ahora, ahora es cuando puedo ser verdadero héroe, porque es héroe, aunque ignorado, más valeroso, el soldado vencedor de sus pasiones.

PAS. ¿Qué? Mira, chico; te advierto que tengo un sueño de dos mil diantres; conque, ahí te quedas... ¿Eh?... Ah, creí que me decias algo. Adiós. (Váse por el pasillo.)

ESCENA II.

Se abre la puerta de cristales, que deja pasar la luz de una bombilla eléctrica recién encendida, y salen a escena Peña y Matilde.

PEÑ. (a Matilde.) ¿Lo estás viendo? Me ha visto entrar y ni aun así se va: ahí sigue imperterrito... (a Pablo sin poderse dominar.) ¿Qué hace usted aquí a estas horas?

PAB. (con feroz alegría.) ¿Eh? ¿cómo? ¿Se permite usted interrogar de ese modo a un superior?.. (dominado.) En fin, no quiero recordarle duramente a qué deber faltó usted por venir aquí. Puede usted retirarse. (Matilde se abraza a Peña para sujetarlo. El la rechaza brutalmente y se va por el foro murmurando amenazador.)

PAB. (Viendo que Matilde, asegurada de la partida de Peña, intenta hablar.) Calla, no le recrimines para disculparte y perdonarte a tus propios ojos; él ha comprado tu oariño, suyo es pues; pero que yo no oiga tu voz... Déjame.

MATILDE Pablo...

PAB. Aparta tus ojos de los míos, ¡no me mires así!

MAT. Pablo ..

PAB. ¡Vete, déjame!... (Váse Matilde, llorando, a sus habitaciones. Pablo, muy agitado, se mesa los cabellos, se golpea el corazón,.. Al fin, decidido, pone la diestra sobre el picaporte de la puerta por donde entró Matilde.)

CENTL.ª (Gritando.) ¡Centinela alerta!

PAB. (Retrocediendo al centro del patio.) Alerta está...

ESCENA III

Aparece Pascual, por el pasillo. Luego, Paquita por la puerta de cristales, y Lorenza, con un cubo, por el pasillo.

PAS. Chico, tiene graoia; me iba a meter en el cuarto de D. Romualdo, creyéndolo el mío.

Es decir, no tiene gracia, pensándolo bien, porque dicen que duerme con revólver y si me suelta un tiro... confundiéndome contigo... porque supongo que eres tú quien le...

PAQ. (a Pascual.) ¿Cómo es eso? ¿cómo has madrugado tanto, señor gandul?

PAS. Eso pregunto yo: ¿a qué viene madrugar tanto? ¿eh? ¿a qué viene... a qué vienes tú aquí?

PAQ. (hablando muy deprisa.) ¿Que a qué vengo? ¡já já! ¡tiene gracia la pregunta! ¿ya no se acuerda usted?; ¿no quedamos ayer en que hoy, domingo, íbamos todos a madrugar para dar un paseo por la población? Por papá no hay inconveniente; está mejor y puede quedarse solo con el asistente un ratito. (Sigue hablando.)

LOR. (a Pablo, sacando agua del pozo.) Buenos días... ¿Qué le pasa a usted esta mañana, que no ve a quien tiene a su lao? ¿o es que va a ser verdad que ya no quiere usted ná conmigo?

PAB. Pasa que al único hombre que debe usted hacer caso, de todos los que le hemos hablado de lo mismo, es a su novio Juan.

LOR. A Juan yo no lo quiero ya pa ná. No tiene perras; ¡sabe Dios cuando nos íbamos a poder casar!... Y sobre tóo, señor ¿dónde se vá a poner él al lao de usted?

PAB No, no me haga usted caso, Lorenza... Al contrario; aféeme el haber despertado en usted, con mis torpes palabras, unas ideas censurables... Espere usted que Juan pueda casarse con usted; él me consta que la quiere de veras y para toda la vida; y usted también le quiere...

LOR. A mí consejos no, ¿usted se entera?; que ya soy mayorcita pa que me vengan a mí con consejitos. ¡Esaborío, malage! (Váse por el pasillo.)

PAS. ¡Paquita, caramba, que me mareas con tu charla!... ¡no te extrañe que eche hasta la primera papilla!

PAQ. Pobrecita de mi, que injusto eres conmigo, pobrecita de mí, pobrecita de mí...

PAS. Mujer, no te tengas tanta lástima, haz el favor. Tenla de mí, pobrecito de mí, que puede decirse que no he pegado un ojo en toda la noche.

PAQ. ¿Sí?, ¿has estado malito?,¿te hago una tacita de manzanilla?

PAS. ¡No!; más manzanilla no; ¡buena la haríamos! ¡Já! ¡já! ¡já!

PAQ. ¿De qué te ríes?

PAS. No hagas caso, ¿sabes?; es que estoy borracho... de sueño ¿eh?, no vayas a creer que de otra cosa; ¿he dicho yo acaso de otra cosa?

PAQ. No, pichoncito mio.

PAS. Pues bueno; yo creo que a uno que está borracho de sueño se le debe aconsejar que se vaya a su cama a dormir la mona. Conque, Paquita, aconseja a tu pichoncito que se vaya a la cama.

PAQ. Yo lo haría de muy buena gana; pero ¿qué les digo a los demás cuando salgan para que demos el paseo?

PAS. ¡Mándalos a paseo!

ESCENA IV

Salen por el pasillo los hijos de D. Romualdo con un balón con el cual juegan. A su vez, salen por la puerta de cristales doña Rosa, doña Leocadia y Matilde. Un poco después doña Conchita y don Romualdo por el pasillo.

D.ª LEO. (A Matilde.) ¡Hija, qué pesadilla tan espantosa! He soñado con nuestro pariente carbonero, que no me dejaba ni a sol ni a sombra, y que no sabía decirme delante de la

gente otra cosa sino «¡Mi querida parienta!» Si me parece que todavía debo de tener carbón en la cara; porque, hija, no he visto en mi vida un carbonero más atrevido; ¡qué horror!

D. Rom. (a los niños.) ¡Andad a jugar a la plazoleta! (Obedecen los niños.)

D.ª Con. ¿Pero qué te pasa?

D. Rom. Me pasa, que no puedo resistir la vista de ese Pablo mal... dichoso, que me crispa los nervios.

D.ª Con. ¡Romualdo, por Dios! ¿aún luchas así?,¿no te he jurado por lo más sagrado que jamás tuve malas intenciones?; mucho menos ahora, que comprendo y te agradezco cuanto debes de haber violentado tu carácter para aparecer a mis ojos risueño y feliz.

D. Rom. No lo sabes bien. El que acierta a dominar la ira es más que un héroe, dice la Sagrada Escritura.

Pas. Paquita, por favor, que me duele la cabeza de oirte. Hasta ahora. Sí, mujer, no me lo repitas más; vuelvo en seguida; el tiempo preciso para ponerme el uniforme... (Váse por el pasillo, saludando a los recién llegados, que a su vez cambian entre sí el saludo, formando luego grupos según se desprende de la conversación.)

D.ª Leo. (a doña Rosa, aparte.) ¿Has visto al tal Peñita, a lo que ha venido esta mañana a casa, exponiéndose a cualquier contratiempo? Ese hombre es tonto desde la punta de los pies a la punta del pelo más largo de su cochina cabeza. Lo menos que me ha dicho a mí ha sido que soy una tía bruja que le he dado a Matilde sabiendo que a quien quería no era a él, sino a Pablo. ¡El también lo sabía! Lo que por lo visto no sabe, es que por el camino que va, no logrará nunca que mi hija olvide a Pablo, sino todo lo

contrario. Señor, ingéniate, afánate; un cariño mata otro; ¿o es que quería que se la diera con cariño hecho y todo? ¡Hazlo tú! ¿No es verdad, Rosa? ¡Si esto tuviera remedio, yo sería la primera en aconsejar a mi hija, a mi pobre hija, que sufre, que tanto sufre... por mí, Dios mío, que estaba ofuscada, loca, tonta, qué se yo... (no puede seguir hablando, porque el llanto, que no quiere que se note, la ahoga. Se oye a lo lejos un paso-doble tocado por la banda militar que se aproxima con la tropa.)

PAQ. Ya vienen ahí los soldados a oir misa. ¡Cuánto tarda Pascualito!

D.ª CON. ¿Qué tal se porta Pascualito contigo?; ¿se insinúa?, ¿hay moros en la costa?

D.ª ROS. (Por un grupo de moros vendedores que pasan por el foro de izquierda a derecha). ¡Hay moros por todas partes aquí!

PAQ. ¡Ya somos novios! ¿no lo sabía usted?

MAT. Pablo, no seas así; ¿porqué no me hablas? ¿porqué no me miras siquiera?

PAB. Porque desfallezco, porque me faltan las fuerzas para seguir venciendo en esta lucha de todos los instantes conmigo mismo. ¡Héroe yo, porque he matado a quienes bien a las claras me amenazaban de muerte! ¡qué irrisión! ¡Héroes los santos, que supieron arrancar de su propio corazón las pasiones que halagan, y que aunque matan no lo parece.

MAT. No te atormentes de ese modo, ni me atormentes a mí más tiempo. ¿Por qué luchar aún?; tu mismo cariño, ¿no te disculpa? (llora con desconsuelo).

PAB. Es que... según voy creyendo no todo es cariño lo que siento por ti; voy creyendo que desde que te supe convertida en la mujer de mi prójimo, perdidas todas las esperanzas de olvidar, con la felicidad que me

dieras, los agravios inferidos, mi amor tiene mucho odio. Sí, sí; creo ver claro ahora en mis intenciones; guárdate de mí, Matilde. Creo que era afán de vengarme de tí, y de él, lo que estos días me ha impulsado a despertar en tí, por todos los medios posibles, un amor que yo a tu llegada descubrí dormido, porque tus ojos te delataron, ¡Vengarme de tí! ¡Lo anhelé ya alguna vez, en noches de insomnio, allá en España, cuando en la terrible duda de lo que tú al fin pudieras decidir, recordaba al mismo tiempo las miradas cariñosas de tus ojos, que no querían mirarme, y el reir de las gentes por mi desairado papel de enamorado de quien ellas sabían quizás que se burlaba de mí!... ¡Y gozaba!, ¡qué vergüenza!, pensando en poder algún día hacerte derramar tantas lágrimas como yo derramaba; en hacerte sufrir cuanto yo estaba sufriendo! ¡Todo mi cuerpo se extremecía al pensamiento de vengarme de tí! ¡qué lucha!... Temo que sea odio, lo que siento por tí, Matilde; temo que sea odio... y yo no quiero sentirlo, yo no he nacido para odiar, yo quiero amar, yo soy un enamorado del amor!... ¡Oh, si yo tuviera libertad para quererte, yo que nunca la tuve!

ESCENA V

Suena la música seriamente. Aparece doña Blasa por el pasillo. Lleva mantilla, libro de misa y rosario. Da los buenos días a todos. Matilde se aparta de Pablo. El cornetín de órdenes hace enmudecer la música.

D.ª Bla. Hijito, ¿por qué madrugas? No te oí levantar... Hijito, ¿por qué hablas con ella?; me da mucho miedo... Sé hombre; no te dejes

llevar de ningún sentimiento que no sea digno...

PAB. (entre cariñoso y molesto). ¡Abuelita!

D.ª BL. Está bien. Vuelves otra vez a no querer para nada mis consejos... Me llamaste cuanpo creiste que te morías, pero ya se salvó tu cuerpo, ya vuelve a apoderarse de él, con la vida, la sensualidad, y a revivir el orgullo; esos dos vicios origen de todas nuestras faltas; y naturalmente, ya te estorbo yo, que no sé hacer otra cosa que predicarte la humildad y la mortificación... Me volveré a España cuanto antes, si tú quieres, pero... hijito, permíteme que una vez más te diga... que ahí te espero... (Atribulada, sin atreverse a esperar mucho una contestación que teme será una negativa, se encamina a la iglesia por la puerta del patio, mirando a Pablo que la sigue, despidiéndose con una mirada de Matilde, que le ve partir resignada).

D.ª CON. ¿No sería quizás mejor que oyéramos misa aquí, y así ya estábamos tranquilos?

D. ROM. No descompongas el plan. Es mejor luego.

ESCENA VI

Aparece Juan, vestido de asistente y con un cubo en la mano, por la puerta de cristales. Salen por el pasillo Pascual y Lorenza; ésta, con un cubo, como antes; Pascual, vestido de uniforme, llevando la guerrera mal abrochada. Mas tarde, por la plazoleta, llegan Gabriel, con una cesta de tortas, y su mujer Josefa.

LOR. (A Juan, sin darle tiempo a que la salude.) A mí no me hables tú hoy, ¿sabes?, que estoy que muerdo. (Ella y Juan llenan sus cubos y hablan.)

GAB. (Dentro gritando de muy mal humor.) ¡A la rica torta! ¡qué riiiica torta! ¡qué riiiica!

PAQ. Pascualito, cuánto has tardado. ¡Jesús, como traes abrochada la guerrera! ¿En qué

estabas pensando cuando te la pusiste?

PAS. En no ponérmela y acostarme.

PAQ. ¡Qué gracioso! ¿Sabes que eres muy gracioso, Pascualito? Yo no creí que fueras tan gracioso.

PAS. Mujer, ten cuidado, que está en corriente; cierra la boca, ¡no hables más!

PAQ. No seas tonto, ¿crees que todavía le tengo tanto miedo a los constipados?

PAS. ¡Dios mío, estoy perdido; ya ni en corriente cierra la boca!

PAQ. ¡Qué gracioso! ¿Sabes que eres... (Dentro suenan tiros. Gabriel, Josefa y los niños se precipitan en el patio.)

PAQ. (Chillando.) ¡Jesús Dios mío! ¡Mamá! ¿has oido? (Confusión entre las mujeres y comentarios.)

PEÑ. (Desde el foro, con armamento,) D. Romualdo...

D ROM. ¿Què ocurre?

PEÑ. Ahí en el zoco grande, que han matado a a dos policías dos moros y hay armada una batalla.

D. ROM. Está visto, en todo hay que estar siempre sobre las armas. Tenemos al enemigo en casa. Vamos allá, Pascual.

PAS. (A Paquita.) Vidita, ¡qué vidita!; todo se vuelven batallas.

GAB. (A Josefa, que se oculta detrás de él, agarrándole de la chaqueta, y en tanto que los demás salen a la plazoleta a despedir a D. Romualdo, a Pascual y a Juan.) ¡Suelta, suelta, condená! ¡Mira que te doy una torta; que te la tengo anunciá hace tiempo!

ESCENA VII

Sale Pablo por donde se fué.

PEÑ. (a Pablo, que se acerca al foro). ¿Usted no viene? (Vase, siguiendo a D. Romualdo, Pascual y y Juan por el foro derecha. Suenan más tiros).

PAB. Hasta la vista, si vuelvo.

MAT. ¡No vayas! ¡No vaya usted!

PAB. Oh!, menos que nunca le temo ahora a la muerte; tengo la conciencia tranquila y libre el corazón; soy dueño de mí mismo; ¿quién logrará matarme, si ya no hay muerte para mí, si todo es vida? No turbará mi paz esa guerra, no. (Vase por el foro derecha).

MAT. ¿Le crees tú capaz de aprovecharse de la confusión, y matar a Pablo? Dí, por Dios.

D.ª LEO. ¿Hablas de tu marido?

MAT. Sí. ¡Y yo quisiera ya poder quererlo!

ESCENA VIII

Doña Blasa por donde se fué.

D.ª BL. ¡Jesús; Jesús, la que se ha armado!... ¿Dónde se me ha ido Pablo?

D.ª LEO. Metámonos dentro, que vienen hacia acá.

PAQ. ¡Mamá, mamaita!.....; ¡que vienen hacia acá!...

JOS. (tirándole de la chaqueta y haciéndole perder el equilibrio). ¡Gabriel de mi alma, que vienen hacia acá!

GAB. (dándole un golpe con una torta, que tiene forma alargada) ¡toma la torta!, ¡te la ganaste!

JOS. No te guasees, que aquí nos van a matar...

GAB. Pos criatura, ¿tiés más que tirar pa el último rincón de la casa, en lugar de tirar de mi chaqueta?...

(Pasan por el foro unos cuantos moros huyendo, derecha a izquierda).

D.ª LEO. ¡Matilde, ven acá, no salgas!

MAT. Ya pasó todo.

JOS. Ya pasó todo, Gabriel.

GAB. Todo menos el susto. ¡Valiente tío sin sobrinos el que nos trajo a esta tierra! Bien

nos engañó. Nos prometió el oro y el moro, y a la vista está como cumple su promesa: el oro, se queda él con él; y el moro se está *quedando* con nosotros...

MAT. Hacia acá traen una camilla...

JOS. Hacia acá traen una camilla, Gabriel.

GAB. Mujer, que no me han dejao sordo los tiros; no repitas.....

JOS. Es quo me da mucho susto que traigan una camilla.

GAB. Tonta, si la traen pa llevarme a casa a mí, que no puedo tenerme en pié, entre tú y los moros y los moros y tú.....

PAQ. Sí, sí; hacia aquí viene.... ¡Mamá, mamaita! ¡no me atrevo a pensar que puedan traer en ella a Pas... a Pas...
(Todos salen al encuentro de la camilla con una gran emoción de angustia).

PAQ. (viniendo con él). ¿Eres tú, Pascual?... ¿Pero vives, Pascualito?

PAS. Pues es verdad que sigo viviendo aquí, en este mundo; yo creí que me habían mudao.

PAQ. ¡Ay, Pascualito tienes ganas de bromear, no vienes grave!

GAB. ¡Quién sabe!; el chiste ha sido bastante fúnebre.

PAB. Bien me han pisoteado, ¡qué vergüenza! Ni tenerme en pié supe en la lucha; claro, vencido como estaba de antemano por el vino... Voy a ver si por fin la duermo. ¡Ah!; anticípale mis gracias a Pablo, que tengo una idea que ha sido él quien me metió en esa camilla y me mandó traer aquí. (Váse por el pasillo, con Paquita y su madre, que a poco vuelven).

ESCENA IX.

PEÑA, apoyado en un brazo de Pablo, don Romualdo y Juan por el foro.

PEÑ. ¡Matilde, yo me muero!

MAT. ¡Oh, no! (a Pablo). ¿Verdad que no?

PAB. Claro que no; solo que siente morir en él algo que él cree su vida y no era más que su modo de sentir la vida.

PEÑ. Ah, sí, me muero; y yo te doy permiso para que te cases con Pablo, que me ha salvado la vida, en vez de ..

PAB (tapándole la boca en un arranque): ¡Cállese usted! (Ya repuesto, añade sonriendo): Perdón, ha sido mi último estallido de nervios. Usted se merece ya, y por lo visto ya ha sabido conseguirlo, que Matilde, la Matilde de ahora, le respete y le quiera.

D. ROM. (a su esposa). A uno de los moros que se me puso por delante, negro como Belcebú, le disparé mi revólver gritándole: Para mí, como si fueras el demonio de los celos injustificados. Y lo maté.

JOS. (a Gabriel). ¿Sabes que me está doliendo la cara.

GAB. No me lo digas, ¡pícara mano! (hacen las paces).

LOR. Juanelo mío, puedes casarte conmigo tranquilamente...

PAQ. (saliendo). Pascualito no tiene más que muchísimo sueño. No parece sino que le han disparado con opio, o con uvas explosivas, como él dice.

PAB. (abrazando a su abuelita, con mucha alegría). Vuelvo a ser tuyo, abuelita... y de quien tú siempre has querido que fuese. A España nos vamos. Desgraciadamente no sólo guerras aquí tiene nuestra querida Patria,

y aquella nación será fuerte que no tenga discordias dentro de casa. Quiero ser capitán, «no de soldados en cuyas manos se muestren las armas de la muerte, sino las armas de la vida y del amor», como leí en un artículo. Y cual descubrí mi pecho ante la boca de los fusiles morunos, de igual suerte, sin temor a la maldiciente boca de los impíos que desconocen nuestra historia, declararé con sola la cruz de mi espada, que España debe seguir cumpliendo su alta misión de llevar a todo el mundo la civilización y la fe, que una vez más peligran.

D.ª Bl. Sí, hijito; y seremos felices, muy felices, porque llegarás a olvidarla...

Pab. No lo intento. Bien se me alcanza de nuevo que podemos seguir queriéndonos, con un amor que no da remordimientos. Cuesta algún trabajo quererse así; este amor es todo una ciencia; pero dalo por conseguido, puesto que, contempla el cuadro: Hoy hemos ganado todos la gran batalla: la de sobreponernos, la de vencernos a nosotros mismos....

(Dentro, después del toque de corneta, toca la música la marcha real a tiempo de alzar. Las mujeres se arrodillan. Los hombres saludan a lo militar o se descubren.....)

FIN DE LA COMEDIA